

GONZALO GONZALEZ ROMAN

GONZALO GONZALEZ ROMAN

OSIO EN SIRMIO



GONZALO GONZALEZ ROMAN

OSTIO EN SIRMIO



GONZALO GONZALEZ ROMAN

OSIO EN SIRMIO

La estancia de Osio en Sirmio durante un año, poco antes de su muerte, amontona sobre la venerable figura del Obispo de Córdoba tan densas sombras, que se forma alrededor de él una leyenda que impidió pensar jamás «en honrar con culto a Osio, como honraron a otros santos españoles».

* * *

La cuestión es ésta: ¿Qué ocurrió en Sirmio mientras la obligada estancia allí de Osio?

Si analizamos los hechos objetivamente, hemos de señalar dos cosas: 1.^a: El Prelado cordobés fué durante toda su vida defensor acérrimo de la ortodoxia y uno de los más temidos enemigos del arrianismo, 2.^a: Osio pudo salir de Sirmio, sin que los herejes le impusieran la pena del destierro que sufrió San Hilario por ejemplo, y sin tener que andar huído, como San Atanasio.

Ahora bien; si intentamos buscar una explicación a esto último, no caben sino dos suposiciones: O que los arrianos cedieron en su empeño ante la actitud firmísima del Obispo, o que éste flaqueara por los sufrimientos del terrible cautiverio, plegándose de alguna forma a las exigencias de los arrianos.

I

PRIMERA HIPOTESIS: FIRMEZA DE OSIO

Analícemos el primer supuesto. Como argumento en contra está, fundamentalmente, la completa falta de escrúpulos de los arrianos que habían llevado al anciano junto a ellos para destruirlo como a uno de los principales sostenes de la ortodoxia. Sabemos su infernal obstinación en perseguir sañudamente a San Atanasio y demás Obispos católicos; nos consta que no se detenían ante ninguna consideración y son conocidas sus violencias y sus maldades. Parece a primera vista poco probable que le dejaran ir libremente no habiendo conseguido nada de él.

Sin embargo, pensándolo bien, no debe desecharse esta posibilidad. Los arrianos pudieron temer que por sus malos tratos y teniendo en cuenta la edad avanzada del Obispo, muriera éste entre ellos y que se les imputara el crimen; y Osio era demasiado importante y famoso para exponerse a tal eventualidad. Tampoco parece descabellada la suposición de que el Emperador diese orden de libertarle; se puede aducir a favor el respeto que aún pudiera haber quedado en él hacia el antiguo consejero de su padre y el hecho de que ya le dejó marchar otra vez a su Sede.

Hay que admitir, no obstante que esto son simples conjeturas que no tienen más fundamento histórico sino que otros acabaron su destierro sin ningún género de apostasías. Pero debemos añadir, que aunque los arrianos habrían procurado enmascarar su derrota con sus habituales mentiras, el hecho se hubiera sabido en su verdadero alcance pues el mismo Osio lo habría dado a conocer; y alguien habría hecho referencia a ello.

Otro indicio opuesto a la tesis que estamos desarrollando lo constituyen los testimonios de San Atanasio, de San Hilario, de San Febedo de Agén (358), de San Eusebio de Vercelli (la misma época), de San Epifanio (374-377), Sócrates, Sozomeno (principios del s. V), de Faustino y Marcelino, luciferianos (383-384), y de Filostorgio, arriano, (hacia el 423). Todos los citados «están contestes en señalar el hecho de la caída de Osio en un arrianismo más o menos pronunciado».

* * *

Pero dejemos por ahora el análisis de estos testimonios y veamos qué razones pudieran aducirse a favor de la total inculpabilidad de Osio.

A).—Las ya indicadas del posible temor de los arrianos a que Osio muriera entre ellos o que Constante se decidiera a dar libertad al Obispo de Córdoba por razones de tipo puramente personal y no políticas ni religiosas.

B).—Los testimonios han sido interpolados. Como consecuencia se llega a la conclusión de que Osio se mantuvo firme en la defensa de la verdad de Nicea y de San Atanasio y que no hubo caída de ninguna clase.

C).—Impureza de las fuentes (arrianas) de donde procedan los testimonios contra Osio.

* * *

Posibilidad de interpolaciones.

La solución la sostiene principalmente el P. Maceda en su célebre obra «Hosius vere Hosius»; de él dice el P. Llorca que es «muy ponderado en sus juicios y hombre de criterio sano y seguro».

Desde luego hay sobradas razones para suponer cierta la firmeza de Osio. Resulta extraño y más que extraño casi incomprendible, que aquel que había sido durante su vida uno de los sostenes más firmes de la verdad católica; que mantuvo santa intransigencia ante el error; que no le importó convertirse en el blanco de las iras arrianas; que fué el amigo constante de San Atanasio; que tuvo el valor de hablar al Emperador como lo hizo y de escribirle lo que le escribió; resulta incomprendible, decimos, que de pronto cambie de tal modo cuando había dado muestras de firmeza tan recientes, que llegara a cometer los hechos que se le imputan. Por ello debe admitirse que las interpolaciones resultan por lo menos verosímiles.

El argumento más fuerte contra ellas lo expresa el P. Villada (1), y lo recoge el P. Yaben (2), cuando afirman que es éste un método cómodo para obviar dificultades aunque, —dice el primero de estos autores— «se corre el peligro, como notaba ya en su tiempo San Jerónimo, de echar por tierra con semejantes principios, hasta las bases más sólidas de la Historia». Y el P. Yaben: «Pero bien se ve que este procedimiento es demasiado radical y que con este criterio podemos llegar a las mayores aberraciones. Con decir que están interpolados todos los textos contrarios a una tesis histórica, llegaríamos a conclusiones verdaderamente caprichosas. Son demasiados los autores que hablan de una caída de Osio, para que creamos que los libros de todos están interpolados».

Los argumentos que acabamos de aducir contra de la teoría de las interpolaciones, parecen a primera vista definitivos. Y lo son en efecto considerando el asunto de una manera general. Es decir, no puede admitirse como sistema, rechazar cualquier texto que nos sea contrario en determinada tesis histó-

rica. Sin embargo, la posibilidad de escritos interpolados, debe tenerse en cuenta por el historiador en todos los casos y sobre todo en aquellos en que existan dudas positivas de autenticidad que es precisamente lo que ocurre en el que nos ocupa.

En efecto, se conoce la falta total de escrúpulos por parte de los arrianos y que llegan a falsificaciones documentales cuando les conviene. Recordemos brevemente: La encíclica de Filipópolis redactada con intención de que pareciera las conclusiones del Concilio de Sárdica y probablemente fechada, no donde se había escrito sino en Sárdica para producir la confusión y que se tuviera el Concilio sardicense como semiarriano; se sabe además positivamente, por testimonio de Rufino, que los arrianos falsificaron los escritos de San Hilario.

Con estos antecedentes, analicemos las posibilidades de interpolación en los documentos que son testimonio contra Osio, comenzando por las obras de San Atanasio.

La «Apología contra los arrianos» sólo contenía originariamente 88 capítulos; además fué escrita como sabemos en el 348 o sea diez años antes de la muerte de Osio. ¿Cómo entonces puede recoger hechos que ocurrieron nueve o diez años después de haber escrito su obra? No hay sino dos salidas: O todos los pasajes que se refieren a Osio fueron interpolados, o San Atanasio los añadió posteriormente. Ambas cosas son posibles y el mismo P. Yabén que se muestra contrario a la teoría de las interpolaciones no tiene más remedio que reconocerlo así. «Justo es confesar —dice— que nos faltan datos para optar por cualquiera de estos dos extremos. Ambos son admisibles y verosímiles y esto basta para que el ánimo quede suspenso ante la incertidumbre del argumento».

Si alguien, de algún modo, pudiese demostrar que el Santo Obispo de Alejandría no añadió nada al primitivo original de las obras en que habla de Osio, se habría dado un gran paso para esclarecer este problema. Un medio eficaz sería un estudio atento, concienzudo, detenidísimo, de los escritos de San Atanasio para llegar a la conclusión de si en ellos existen algunas narraciones, o no, de hechos acaecidos con posterioridad a la fecha de su primera publicación. De no haberlos se podría aducir con mucha más fuerza en favor de las interpolaciones, sin que por otra parte el hecho de que los hubiera nos pudiera llevar a la certeza contraria, toda vez que aquellos sucesos pudieron ser asimismo interpolados para sembrar la confusión.

Con respecto a las otras dos obras de San Atanasio, «Apología acerca de su huída» e «Historia del Arrianismo», aunque no se ha llegado a establecer con seguridad cuándo fueron escritas, como quiera que en ellas menciona a Leoncio, Obispo de Antioquía viviendo entonces y parece que éste murió en el 356, las dos debieron ser redactadas con un año de anterioridad a la fecha de la supuesta caída del Obispo de Córdoba.

Y estamos como antes: O fueron interpoladas, o San Atanasio introdujo posteriormente los pasajes que se refieren a Osio.

Conclusión, pues: Es verosímil la interpolación, mientras no se demuestre lo contrario, en las obras de San Atanasio.



Vayamos ahora con los demás testimonios. Consideremos el de San Hilario desde el punto de vista de las interpolaciones. Aquí no hay duda de que, en general, las obras del Santo Obispo de Poitiers fueron falsificadas por los arrianos, sin que esto signifique que haya seguridad de interpolación en el caso de Osio. Ya es bastante sin embargo tenerla de que las obras fueron adulteradas.

En relación con los otros testimonios reseñados antes, podría hacerse con ellos dos grupos: Escritos contemporáneos a los hechos; y posteriores. En relación con los primeros no conocemos ninguna prueba de interpolaciones pero no existe tampoco motivo alguno que afirme que no las hubo. Se sabe, sí, que el escrito de los luciferianos es una sarta de embustes absurdos y, además, que posiblemente el «Libellus» si fué realmente presentado a los Emperadores, no contenía el pasaje referente a Osio «que interpolaron luego para hacer creer al mundo que figuraba en el escrito entregado» (3).

Si consideramos las obras posteriores queremos hacer hincapié en dos que antes no citamos: En San Agustín y San Isidoro. El P. Flórez piensa que las palabras de San Agustín se refieren a la acusación que los donatistas hicieron pesar sobre Osio de haber sido traidor. Con respecto a San Isidoro, fué simplemente un caso de engaño, al considerar auténtico y cierto el Libelo.

Hay un obstáculo no obstante contra la teoría de las interpolaciones. Se nos ocurrió mientras escribíamos y no queremos dejar de anotarlo. Es éste: Supuesta la certeza de que las acusaciones contra Osio fueran simples calumnias interpoladas por los arrianos, ¿cómo, entonces, esa diversidad de matices en relación con su supuesta caída? ¿Cómo en San Hilario se afirma no sólo que suscribió la segunda fórmula de Sirmio sino que fué su autor con Potamio, y en San Atanasio, por el contrario, que no había suscrito contra el mismo? ¿Cómo, sobre todo, se asegura en las obras del Obispo de Alejandría que se arrepintió antes de su muerte? ¿Cómo, por otra parte, se habla de haber cedido a violencias y sufrimientos y malos tratos? Esto no parece lógico. Porque lo que sí resulta natural es que si admitimos la interpolación haya que suponer que en ella no se trataría por parte de los arrianos de explicar la caída por las violencias que ellos mismo le habían hecho; de afirmar que Osio no condenó a Atanasio; de decir que murió arrepentido. Por el contrario si lo que pretendían los posibles interpoladores era

engañar sobre la conducta de Osio en la hipótesis de que éste se hubiese mantenido totalmente firme ante sus manejos, lo habrían hecho del todo y no a medias; es decir, habrían asegurado de él lo que efectivamente dijeron y que San Hilario creyó y recogió en su obra, caso de no estar interpolada.

La dificultad parece grave, pero puede ser salvada. Cabe, en efecto, admitir la interpolación aún en las obras de San Atanasio a pesar de lo que acabamos de decir, pensando que el interpolador quisiera, precisamente, sembrar la confusión y que, de este modo se llegara a la negación de toda posibilidad de interpolaciones. Ello supone una gran malicia y astucia; pero los arrianos eran capaces de todo; y de esto y de más. No podemos perder de vista sus ardidés en lo de la encíclica de Filipoópolis, bastante similar en la intención y en la forma a esta posible interpolación que podría calificarse de desconcertante. Eso es lo que pretenderían con ella —de haberla hecho— como esa fué su intención en lo de la encíclica y hay que reconocer que lo consiguieron en parte.

Todavía hemos de confesar que nos han impresionado las razones dadas en favor de la interpolación en la obra «Hacia la glorificación de Osio» (4), y en la cual su autor adopta abiertamente la posición del P. Maceda (5).

Y aunque con temor de alargar demasiado este estudio nos decidimos a transcribir un interesante párrafo del citado libro y que es parte del discurso del Obispo de León, don Francisco Gómez Salazar, con motivo de recibir la investidura de doctor en Sagrada Teología, premiado en la Universidad Central, en 1857: «Si San Atanasio nubiera dicho ésto, nada tendríamos que oponer; pero, ¿quién podrá negar que el Santo Padre no escribió los pasajes que se nos presentan, si lleva la sana crítica por guía de este examen? La carta a los Solitarios, hace mención del martirio sufrido por San Segundo de manos de los arrianos, como de un hecho que acababa de verificarse. Indica también este escrito que semejante maldad se ejecutó en aquella misma cuaresma en que escribía; Stiltिंगio, Tillemónt y otros respetables historiadores, ponen la muerte de San Segundo a principios del año 357. De lo dicho resulta que San Atanasio escribió su carta antes de la Pascua del citado año, en cuya época vivía Osio desterrado en Sirmio y sin haber accedido en cosa alguna a las exigencias de los arrianos. Esto supuesto, ¿podrá negarse que ha sido intercalado posteriormente el pasaje en que se habla de la caída y muerte de Osio, que no pudo verificarse hasta fines de 357?

.....«En lo que precede pondera el Santo Doctor los combates y trabajos que sufrían en el destierro el Papa Liberio y Osio por no querer acceder a las perversas exigencias de sus enemigos. Elogia y alaba con su pluma elocuente las virtudes y constancia de estos perseguidos varones. Habla

en lo que sigue al citado pasaje de la firmeza con que los Obispos desterrados, ayudados por el Señor, confesaron la fe. Esta misma protección espera de la divina Gracia respecto a las futuras luchas que habrían de sostener en defensa de la Santa Doctrina. Compárese ahora lo que San Atanasio dice antes y después del pasaje indicado y se verá que, suprimido éste, hay unidad de pensamiento, coordinación de las frases, igualdad en el estilo y belleza en la forma. Por el contrario, dese cabida al documento en cuestión y entonces se encontrarán pensamientos opuestos, frases inconexas y una inconsecuencia tal en la narración que no se concibe cómo un hombre de tan conocido ingenio caiga en el espacio de muy pocas líneas en una contradicción tan monstruosa».

* * *

Impureza de las fuentes de donde proceden los testimonios contra Osio.

Hay más argumentos para sostener la total firmeza de Osio. Ellos están expuestos con toda claridad en la obra del P. Villada (6), que aunque no manifiesta claramente su parecer al hablar de la solución de Batiffol (7), dice textualmente: «Hay otra solución indicada últimamente por Batiffol, a nuestro juicio más verosímil que las anteriores». La tan repetida solución es la siguiente: Para valorar los testimonios que afirman la caída de Osio, es necesario no perder de vista la fuente de donde proceden. Ahora bien; esta fuente es completamente arriana ya que los únicos testigos de los hechos fueron Germinio, Ursacio, Valente y Potamio. Ciertamente así fué, ya que San Atanasio estaba entre los monjes de Egipto, y San Hilario, desterrado. Cuanto se dijo sobre Osio «salió de la pluma y de la boca de la camarilla de Constancio». El Patriarca de Alejandría y el Obispo de Poitiers no hicieron por tanto más que recoger en sus escritos cuanto los arrianos propalaron y ¿quién nos asegura que esos hombres que vivían de la intriga y eran profesionales de la calumnia, no se sirvieran del nombre de Osio para autorizar su doctrina pregonando por todas parte el derrumbamiento de aquella gran columna de la fe en Occidente»? Y aquellos «que difamaron a San Atanasio llegando hasta atribuirle el asesinato del Obispo maleciano Arcenio —que después resultó que vivía— e imputaron a Marcelo y a Asclepas, Obispos respectivamente de Ancira y Gaza, ideas heterodoxas dando lugar a que el Sínodo Sardicense los declarase solemnemente limpios de error, ¿sentirían escrúpulos en hacer lo mismo con el venerable Osio?».

Y más adelante añade: «No es pues necesario recurrir a interpolaciones como hace el P. Maceda...». «Con él (con Osio)

se repitió el caso del Papa Liberio y de tantos otros Obispos víctimas de las calumnias arrianas».

Ahora bien; se nos presenta en ésto un inconveniente parecido al que indicábamos al hablar de las posibles interpolaciones. Si se admite que todo cuanto se dijo de Osio fué falso en su origen arriano y que San Atanasio y San Hilario no hicieron sino recoger lo que flotaba en el ambiente propalado por los enemigos de Osio (y hay que tener presente también que procurarían sin duda confirmar las noticias), ¿cómo es distinto lo que uno y otro afirman? ¿Cómo San Atanasio dice lo que sabemos que dice si la fuente es impura por ser arriana?

Lo primero, es decir, el ser distinto el testimonio de uno y de otro puede explicarse en cierto modo suponiendo que San Hilario viviendo entre arrianos, creyera cuanto éstos propagaban, que era lo peor; y que San Atanasio tuviera informaciones diferentes. Bien; pero entonces nos encontramos con la segunda cuestión: Si las fuentes de San Atanasio se consideran impuras por arrianas, ¿cómo explicarse el que afirme que no suscribió contra él y que se arrepintió de haber comunicado con los herejes?; y hay que acudir de nuevo —si suponemos desechada la interpolación— a lo de antes: A que las informaciones de San Atanasio, arrianas, pudieron darse con intención de producir la confusión al no ser totalmente desfavorables a Osio y por consiguiente más creíbles en su moderación; más peligrosas en todo caso por resultar de mayor verosimilitud, para quién como San Atanasio conocía y había tratado a Osio y hubiera creído difícilmente cualquier informe que lo mostrara en la posición absurda de ser el autor de la Segunda Fórmula o simplemente firmando ésta o cualquier documento de doctrina arriana. Y esta hipótesis que se nos ocurre y que exponemos, concuerda bien con lo que se sabe en relación con San Hilario: Estaba éste entre arrianos; debió ver el documento que publicaron con la fórmula y a cuya cabeza iba como autor Osio; conocía menos al Obispo cordobés y cayó en trampa arriana. Por eso en su obra —repetimos que miramos ahora el asunto como si no admitiésemos la interpolación— afirmó cuanto había visto y oído y creyó.

San Atanasio debió también escuchar muchas cosas de Osio; debió tener quizá entre sus manos el mismo documento, mas no pudo creer nada de todas aquellas patrañas. Sin embargo, es posible que ante otros informes de origen arriano más moderados (moderados con terrible maldad) cayera asimismo entre las redes de la astucia de los herejes y, creyéndolo así, dijera cuanto sabemos.

Repetimos que esto no es sino una teoría nuestra pero que no parece irrazonable ni falta de fundamento.

II

SEGUNDA HIPOTESIS

Analícemos ahora la segunda posición que puede adoptarse: Osio flaqueó, no se mantuvo firme en Sirmio. Sinteticemos los testimonios en los que puede apoyarse esta creencia.

Primero.—Aparte de las afirmaciones de San Febado, San Eusebio de Vercelli, San Epifanio, Sócrates, Sozomeno y Filostorgo está el «*Libellus precum*» de los luciferianos Faustino y Marcelino.

Segundo.—Los testimonios de San Hilario. Se reducen:

A) Osio abrazó una doctrina impía.

B) Dan a entender que lo que el Santo Obispo de Poitiers llama «blasfemia de Sirmio», es decir, la segunda fórmula, fué obra de Osio y Potamio.

Tercero.—Los de San Atanasio en las obras citadas que afirman en esencia:

A) Que Osio cedió momentáneamente a los arrianos.

B) Que las violencias, golpes, amenazas y persecuciones contra sus parientes fué la causa de aquella debilidad suya.

C) Que al morir se arrepintió.

Veamos todo esto y dejando las afirmaciones que constan en las obras de los autores citados en el apartado primero que, poco más o menos se reducen a las principales de San Atanasio y San Hilario, nos ocuparemos solo del «*Libellus*». Vamos a copiar de él lo que nos interesa. Dice:

«Llamado Osio por el Emperador Constancio, a causa de la querrela de Potamio (Obispo de Lisboa), aterrizado por las amenazas, y temiendo a su edad padecer el destierro y perder sus riquezas, se entrega a la impiedad, y al cabo de sus años prevarica en la fe y vuelve a España con mayor autoridad y con el encargo terrible del Emperador de mandar al destierro a cuantos no quieran comunicar con él en su prevaricación. Un fiel mensajero llevó a oídos del santo y constantísimo Obispo de Elvira, Gregorio, la apostasía de Osio. Aquél, con los ojos fijos en la fe y en el juicio divino, se negó a participar en ella. Pero Osio, quien después de su caída, no podía sufrir la firmeza inquebrantable del que defendía su fe, cita a los Tribunales públicos a Gregorio, esperando poderle doblegar por los mismos tormentos a que él cedió. Era a la sazón Vicario (de España) Clementino, quien por insinuación de Osio y mandato general del Emperador, intimó oficialmente a San Gregorio compareciera en su presencia en la ciudad de Córdoba.

»Espárcese por entre las gentes la noticia, y el pueblo, inquieto se pregunta: ¿Quién es ese Gregorio que se atreve a

resistir a Osio? Pues aún había muchos que ignoraban la deserción de éste y no conocían bien a aquél. Ciertamente que no faltaban quienes sabían que era Gregorio un Obispo oculto, aunque ante Cristo no era un oculto defensor de la fe, como lo demostraba su santidad. Llegan ante el Vicario, que estaba rodeado de muchos de sus funcionarios. Osio se sienta como juez, y aún sobre el juez, confiado en la protección Imperial. San Gregorio, por el contrario, imitando a su Señor, asiste como reo, y no por su mala conciencia, sino por la condición del juicio presente; pues en lo demás era libre por sus creencias. La expectación por ver de qué lado se inclinaba el triunfo era enorme. Aquél en la confianza del rey terreno, éste en la del eterno. Osio se apoya en documentos imperiales, Gregorio en los divinos. Viéndose Osio refutado, acorralado por sus mismos escritos anteriores en defensa de la fe y de la verdad, nervioso dice al Vicario Clementino: «A ti no se te ha ordenado investigar, sino ejecutar. Ya ves como se opone a los preceptos imperiales. Haz lo que se ha mandado. Destiéralo». Pero Clementino a pesar de no ser cristiano, por reverencia a la dignidad episcopal, máxime en un hombre que tan razonable y fielmente la llevaba, respondió: «No me atrevo a desterrar a un Obispo, mientras esté investido de tal prerrogativa. Despójale tú primero de ella, y entonces ejecutaré en él como en un hombre particular cuanto ordena el Emperador». Al percatarse San Gregorio que Osio quería pronunciar la sentencia, como para despojarle de la dignidad episcopal, apela a Cristo, verdadero y poderoso Juez, exclamando con todas sus fuerzas: «Cristo Dios, que vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos, no permitas que se pronuncie hoy contra mí, mínimo siervo tuyo, que al asistir como reo en defensa de la fe estoy sirviendo de espectáculo la sentencia humana. Te ruego que juzgues hoy tú esta causa tuya, y pronuncies la sentencia por medio de un castigo ejemplar. No deseo esto por temor al destierro, estando como estoy dispuesto a sufrir cualquier suplicio por tu Nombre, sino a fin de que se libren muchos del error viendo ante sus ojos el subitáneo castigo». Y mientras con más ahinco y fervor interpela con sus fieles palabras a Dios, Osio, al intentar dar la sentencia, tuerce la boca, dislocándosele al mismo tiempo la cerviz, cae de su estrado en tierra y expira, o, como otros dicen, enmudeció. De allí se le saca como muerto. Y todos se horrorizan, hasta el gentil Clementino. Este, a pesar de ser juez, temiendo un castigo semejante, se arrojó a los pies del varón santo pidiéndole perdón, pues había pecado contra él por ignorancia, y más que por su voluntad, por obedecer a los preceptos del Emperador. Todos estaban atónitos y admirados del poder divino. Porque el que quiso pronunciar sentencia humana, tuvo que sufrir la divina, mucho más grave; y el que se presentó a juzgar, pálido y reconociéndose culpable, temía ser juzgado; y el que asistía como reo y digno del destierro, le pedía

posternado el juez perdón. De ahí que sólo Gregorio, de entre los que figuraban en el proceso, salió vencedor, por su fe íntegra, y ni huyó ni fué desterrado, ni se atrevió en adelante a juzgarle» (8).

No hay que hacer sino haber leído relato tan desatinado para comprender que todo él no es más que una sarta de burdas calumnias. El P. Villada dice refiriéndose al mismo «que no merece la pena de ser refutado» y afirma que no hay nadie hoy día que no lo califique de superchería ridícula. Añade: «Su inverosimilitud es tan patente, que sus mismos autores, previendo el poco crédito que se les concedería, quisieron revestirle de cierta autoridad con esta frase solemne: «España entera sabe mejor que nosotros que no finjimos nada». Y téngase en cuenta que los luciferianos llegaron en su audacia a tal extremo que divulgaron un tratado sobre la Trinidad bajo el nombre de Atanasio, pero amañado por ellos, en el cual intercalaron un «apóstrofe insolente» sobre Osio.

El P. Yaben, entre los muchísimos argumentos que emplea para demostrar la falsedad del Libelo, dice: «Es increíble que un hombre más que centenario se dedique a una vida activa de persecución después de un viaje penosísimo de Sirmio a Córdoba. Es increíble que un hombre que sólo cede por temor y por violencia se convierta luego en un propagandista acérrimo de una doctrina que se le hizo suscribir a latigazos». El destierro de los Obispos era en aquel tiempo cosa muy corriente y a diario lo practicaba el emperador Constancio: ¿cómo, pues, el gentil Clementino había de tener reparo en desterrar a un Obispo antes que fuera canónicamente depuesto?». «¿Cómo podría explicarse que ningún escritor de los siglos IV y V a excepción de esos dos oscuros luciferianos hubiera ignorado la muerte de Osio ocurrida en circunstancias tan trágicas como las que menciona el Libelo? Por San Atanasio sabemos que los hechos de Osio se divulgaban con gran rapidez y un acontecimiento como este no pudo pasar ignorado» (9).

* * *

Y pasemos al testimonio segundo que lo constituyen las afirmaciones de San Hilario. Es conocido que el Santo Obispo estaba desterrado en Siria cuando escribió su libro «De synodis». Verdaderamente que no eran esas las mejores condiciones para enterarse de lo ocurrido en Sirmio. O sea que, entre arrianos, debió ser sorprendido en su buena fe con las mentiras de los enemigos de Osio de los que estaba rodeado. Y escribe, suponiéndolo cierto, lo que oyó. Añádase a esto lo que ya apuntamos antes: está demostrado que los arrianos interpolaron las obras de San Hilario. ¿Qué valor positivo puede tener, pues, el testimonio fundado en los escritos de aquél?

* * *

Y ahora pasemos al último; al de San Atanasio. San Atanasio sólo afirma que Osio cedió momentáneamente. Estas son sus palabras: «Cedió por un momento a los arrianos»; cedió a los arrianos por un instante; comunicó a duras penas con los secuaces de Valente y Ursacio pero no suscribió contra Atanasio» (10).

Ahora bien; aparte de lo último, en que parece concretarse algo más la acusación, el Santo Obispo de Alejandría no dice en qué consiste la concesión del Obispo de Córdoba. Intentemos (colocados, repetimos, en esta posición de admitir que Osio no se mantuvo firme) aclarar en qué pudo consistir la falta de Osio. Comencemos por lo más grave: Que Osio pudiera ser autor o firmar la segunda fórmula de Sirmio de contenido totalmente arriano. Están ya rechazados los testimonios que lo afirman; por tanto no insistimos más en ellos. Analicemos la posibilidad de que el Obispo de Córdoba fuese autor de la fórmula con Potamio. La pura lógica de los hechos lo niega; al no ser que de pronto hubiera perdido el juicio, en cuyo caso tampoco habría sido el autor. En efecto: la doctrina que sustenta la fórmula es la que Osio había combatido toda su vida; y por defender la ortodoxia contra esos errores, estaba allí después de haber sido capaz de escribir a Constancio en los términos en que lo hizo. ¿Cómo, pues, puede admitirse que Osio se dedicara en Sirmio a idear fórmulas de aquella naturaleza sin que nadie se lo pidiese? Porque sabemos que lo que se exigía a Osio y a los demás era que suscribiesen contra Atanasio y comunicaran con los arrianos. Nada más. Y sin pedirle otra cosa, no parece lógico que se dedique a inventar fórmulas arrianas allá en Sirmio, donde estaban, por otra parte, Ursacio, Valente, Germinio y parece que Potamio también (ganado ya para el arrianismo quizá), tan buenos «doctores» para dar a luz herejías.

Pero hay más razones todavía, que se fundamentan no sólo en la lógica sino en testimonios. Efectivamente: Dicen éstos que la caída de Osio se debió al miedo, es decir, que firmó por miedo, que comunicó por miedo. Ahora bien: Si él fué el autor de la Fórmula, ¿cómo iba a firmarla por miedo? Lo hubiera hecho muy a gusto. Anurando la argumentación en contra hasta el límite, podría decirse que pudo ser el autor de la Fórmula por miedo y aún recurrir otra vez a San Hilario: «...Como Osio que lo hizo por acabar el destierro y morir en su patria». Pero Osio no iba a perder de pronto el concepto de la dignidad personal y, lo que es muchísimo peor: Caer en la herejía, prestándose a más de lo que le habían pedido. Porque para acabar el destierro y morir en su patria, no hubiera tenido que hacer sino condenar a Atanasio y comunicar con los arrianos. Y esto poniéndose en lo peor; porque «se pudieron dar y de hecho se dieron muchas vueltas de Obispos a sus Sedes por orden de Constancio sin ningún género de apostasía,

como por ejemplo la de San Atanasio después del Concilio de Sárdica» (44).

Claro que también pudiera haberse producido algún caso en el que se exigiera la firma de determinada doctrina como con el Papa Liberio; pero además de que el Pontífice no faltó a la fe firmando, no es seguro tampoco que lo hiciera.

Desechada la posibilidad de que Osio fuese el autor de la segunda fórmula, vayamos ahora a si pudo firmarla.

Por puro raciocinio y con los mismos argumentos, se llega a la conclusión de que no la firmó. Piénsese en que el hecho de ser el autor, hubiera agravado su culpa con un matiz más acentuado en la malicia del acto; pero, de todas formas, el firmarla significaba hacerse solidario con ella, estar conforme con su contenido, caer en la herejía, en una palabra. Y otra vez, lo mismo: Siendo como era, no exigiéndoselo para poder acabar el destierro, ¿cómo pudo llegar a eso voluntariamente?

Además —no nos importa repetirnos— se sabe que San Atanasio y otros escritores; es decir con suficiente fundamento histórico, que ni Constancio ni los arrianos solicitaban de ningún católico que suscribieran una fórmula de fe arriana. Le pedían sólo que comunicaran con los arrianos y que condenaran a San Atanasio. Y lo sabemos por el propio Obispo de Alejandría que afirma que al presentarse Osio en Sirmio, Constancio le pidió, «ut in nos subscriberet et cum Arianis communionem». Esto fué lo exigido, y por no aceptarlo, desafió Osio las iras de sus enemigos. Entonces, ¿por qué iba a hacer más de lo que le pedían? San Atanasio, dice textualmente: «Ipsorum insidiis subscribere noluit»; no firmó nada de lo que ellos, los arrianos, querían que firmase. Si no firmó nada, tampoco firmó la fórmula.

Pero hay más y ello basado precisamente en el testimonio del Obispo alejandrino. Dice éste más de una vez y de un modo inequívoco, que los herejes no consiguieron de Osio que suscribiese contra él. Y esta firmeza en hacer algo que hubiera sido menos grave que firmar la fórmula, ¿no es ya en sí la seguridad de que no la firmó? Porque se podrá decir que condenar a San Atanasio que era el símbolo de la Doctrina Católica entonces, es cosa grave, y estamos de acuerdo. Pero, ¿no es definitivamente peor suscribir contra el mismo Hijo de Dios? Nos parece claro. Si Osio, pasando por el sufrimiento de tener que soportar todas las violencias, no condena a Atanasio, que era lo menor, no se nos diga que escogió lo mayor, lo gravísimo, y firmó la «blasfemia de Sirmio».

Ahondemos más aún. Los arrianos no se contentaron con afirmar de palabra que Osio había suscrito la fórmula: sino que, aunque en la primera edición en latín que hicieron de ella, no aparece el nombre del Obispo de Córdoba, en otra segunda que editan en griego, ponen a la cabeza de la misma los nombres

de Potamio y de Osio como autores. Sin embargo, ¿qué valor se puede conceder a tal cosa conociendo los procedimientos de los arrianos? ¿Podrá extrañar a alguien que mintieran de sí precisamente eso es lo que eran: mentirosos, calumniadores de oficio? No obstante conviene distinguir entre Osio y Potamio, «tal vez Potamio firmó y hasta excogitó la fórmula de Sirmio» pues aunque ello está fuera de nuestro intento, parece muy probable la caída de Potamio en el arrianismo.

Todavía conviene ver brevemente los testimonios de San Epifanio y Sozomeno. Dice el primero que los arrianos pensaron condenar a la Iglesia con una carta que fraudulentamente arrancaron a Osio en la que se leía que el Padre y el Hijo eran desemejantes en la esencia. Sozomeno afirma y en «estas noticias depende del arriano Sabino» que Eudoxio «felicité a Germinio, Ursacio y Valente por haber arrancado a Osio a viva fuerza una carta en la que daba este su consentimiento para que no se emplearan las palabras homousion y homoiousion por no hallarse en las Sagradas Escrituras. Consideremos ambas cosas. No insistimos más con las mismas razones para demostrar que Osio no pudo firmar la doctrina abominable a la que se refiere San Epifanio. Notemos sólo que si con alguna artimaña le hicieron firmar cualquier documento presentándosele como cosa distinta a la que era, es decir, si **fraudulentamente** firmó la citada carta, se comprende que al no hacerlo con conciencia, no hubo responsabilidad ni se puede decir que suscribiese tal cosa. En relación con lo segundo, sin perder de vista que por ser la noticia posterior a los sucesos hay que dudar de ella y que aunque la carta contenía una inadmisibles concesión al arrianismo «no es en el fondo arriana» (42), si admitimos que Osio firmó a viva fuerza, faltó la voluntad, no suscribió libremente y por tanto al no ser la firma un acto humano se puede asegurar que no la suscribió.

Quedan, pues eliminadas las peores posibilidades y se puede afirmar por lo pronto: Osio no fué autor de la Fórmula de Sirmio, ni la suscribió, ni firmó nada con matiz arriano.

Sigamos ahora. Se sabe positivamente por el mismo San Atanasio que Osio no consintió en condenarlo. Y esto sí que se lo exigieron. Imaginamos al anciano en su firmeza, resistiendo las amenazas, los insultos, los golpes, y manteniéndose constante y fuerte, ¡con cien años! Pero Osio sabía que condenar a Atanasio era no sólo ir contra la justicia, pues estaba convencido de la bondad de su causa, sino contra cuanto aquél significaba: es decir, pasarse al campo de los malditos arrianos. Y no firmó. Lo que decimos está plenamente probado por las reiteradas afirmaciones de San Atanasio que dice: «Se negó a suscribir sus insidias»; y luego: «de ningún modo consintió en condenarnos».

* * *

Si se sigue el testimonio del Santo Obispo de Alejandría y no se admitiesen posibles interpolaciones o información equivocada, habría que reconocer que Osio cedió momentáneamente y comunicó con Ursacio y Valente y con sus secuaces.

El P. Yaben dice: «Aunque con pena he de admitir esta conclusión (que Osio comunicó con los arrianos) conformándose en substancia con la opinión de Flórez y de Gams» (13). El autor reconoce sin embargo, que no todos aceptan esta tesis y hace mención de quienes la impugnan reduciéndolos, en definitiva al grupo que sigue al P. Maceda y a los partidarios de la solución que sugiere Batiffol. Hemos hablado ya de estas posiciones. Añadamos sólo que el P. Yaben admite la pureza de la fuente del testimonio de San Atanasio y, naturalmente, en esta actitud, se atiene lógicamente a dicho testimonio y acaba en la expresada conclusión: Osio, cedió momentáneamente y comunicó con los arrianos. Hace mención de algunos autores que afirman lo mismo: P. Flórez, Gams, Fray Bernardo de Echarlar. También el P. Gómez Bravo opina de igual modo. La parte más fundamental de lo que a este respecto dice el P. Yaben está en la defensa que hace de la pureza del testimonio de San Atanasio. Pero tiene a nuestro juicio una falta: **No demuestra que en las obras del santo Obispo no haya habido interpolación.** Se limita a afirmar que las fuentes son puras y trata de demostrarlo. Con estas palabras: «Yo también desearía creer en la absoluta firmeza de Osio en Sirmio, pero no creo posible sostener tal afirmación. Es razonable la afirmación de Batiffol que sirve de base al P. Villada, pero sólo es razonable si se mantiene dentro de ciertos límites. En efecto, lo que pasó en Sirmio entre Osio, Constancio y los Obispos arrianos, únicamente lo supieron bien los que tomaron parte en aquellas escenas, pero siempre se trasluce algo al exterior. En Sirmio había muchos Obispos y todos sin duda adquirieron noticias de lo que pasaba y no todos se callaron ni mintieron. Las escenas de que Osio fué protagonista, conocidas por muchas personas, se difundieron bastante y llegaron muy lejos de Sirmio. No todas las noticias eran concordantes, y por tanto los que tenían verdadero interés en averiguar la verdad, pudieron hacer más investigaciones y descubrir la realidad. San Hilario de Poitiers, que en Frigia era un extranjero y tenía pocos medios de información, pudo ser fácilmente engañado con una fórmula arriana, que llevaba al frente el nombre de Osio. Pero San Atanasio aún recluído con los monjes en el desierto de Egipto, tenía muchos amigos, muchos agentes en todas partes y de seguro no le faltaban confidentes en la Corte Imperial. San Atanasio pudo, pues, enterarse bien, y seguramente lo hizo así. Podemos fiar en su testimonio».

«Además podía hablar y decir la verdad el mismo Osio, y

éste habló sin duda. Osio fué el que contó su claudicación, el que se arrepintió de ella muchas veces, pero sobre todo en el momento de la muerte. Que Osio habló y que habló como arrepentido, nos lo dice terminantemente San Atanasio. Hubo, pues un medio cierto de conocer la verdad, y por tanto no se puede decir que cuanto sabemos respecto a la caída de Osio procede de fuentes arrianas y por tanto impuras».

* * *

Queda por último que analizar con brevedad, pues la cuestión está muy clara, la muerte de Osio. No merece la pena citar como testimonio en contra, las injurias y fantásticas mentiras del Libelo. Y este es criterio unánime.

La verdad es que quien únicamente habla de la muerte de Osio es San Atanasio; por tanto si admitimos hipotéticamente la autenticidad de la fuente y se afirma que comunicó con los arrianos, que es lo peor que puede decirse de Osio, como queda demostrado, hay también que tomar en su totalidad lo que San Atanasio afirma. Si por el contrario no admitiésemos el testimonio y sostuviéramos que Osio permaneció firme, entonces no hay por qué hablar si se arrepintió o no de una cosa que no había hecho. Las afirmaciones del Obispo de Alejandría son concluyentes. Dice: «Mas no olvidó esto el anciano, pues estando para morir, declaró como en testamento que había sido forzado, y anatematizó la herejía arriana y exhortó a que nadie la recibiera» (14).

Quien pretendiera pues especular o discutir sobre la muerte de Osio, caería en la incongruencia. Como ocurre con Loofs que, «como protestante admite a pie juntillas la apostasía de Osio, ateniéndose sobre todo a San Atanasio y a San Hilario; pero, ¡cosa extraña!, al mismo tiempo que acata las frases del Patriarca alejandrino en que se cuenta la debilidad del Obispo de Córdoba, rechaza aquellas otras en que se habla de su reconciliación con la Iglesia a la hora de la muerte. Es esta una arbitrariedad demasiado patente, para que se pueda sin protestar pasar por ella» (15).

N O T A S

- (1) "Historia Eclesiástica de España", pág. 31 y sig.
- (2) "Osio, Obispo de Córdoba", págs. 134-135.
- (3) P. Yaben. Véase estudio que hace en su obra "Osio, Obispo de Córdoba" sobre el "Libellus", en el que afirma que no era posible que engañaran a los Emperadores con aquella narración absurda sobre Osio, cuando no habían pasado veinte y cinco años de los hechos.
- (4) Excmo. e Ilmo. señor don Antonio Pueyo, C. M. F., Obispo de Pasto (Colombia).
- (5) Dice: "La hipótesis del P. Maceda ha sido últimamente elevada a la categoría de axioma histórico".
- (6) Obra citada, pág. 39.
- (7) "La Paix constantinienne et le catholicisme", citado por el Padre Villada.
- (8) Tomado de la "Historia Eclesiástica de España", del P. Villada, págs. 40-42.
- (9) "Osio, Obispo de Córdoba", pág. 123.
- (10) De las obras de San Atanasio. Citado por el P. Yaben.
- (11) "Hacia la glorificación de Osio", citada.
- (12) Ob. cit. del P. Yaben, pág. 132.
- (13) Ob. cit. del P. Yaben, pág. 134.
- (14) "Historia del arrianismo", ya citada.
- (15) De la obra citada del P. Villada.



Osio en un gran vitral moderno de la iglesia de San Pablo, en Córdoba

III

CONSIDERACIONES FINALES

De todo cuanto hemos escrito se sacan, sintetizando, estas dos conclusiones generales:

A) Osio pudo mantenerse firme y no ceder en nada a los arrianos.

B) Osio, en un momento de debilidad, frente a los sufrimientos, amenazas, golpes y violencias de toda clase, pudo consentir por un instante comunicar con los arrianos (y solamente eso), arrepintiéndose luego y muriendo santamente en el seno de la Iglesia Católica.

Resumamos los argumentos a favor de ambas conclusiones:

A) Permaneció firme, por:

1.º—Temer los arrianos que muriera como consecuencia de los sufrimientos a que lo sometían.

2.º—Posible decisión de Constancio de dejar libre a Osio.

3.º—Ambas cosas pudieron suceder; no habría sido el único que acabara el destierro sin apostatar.

4.º—Los testimonios son falsos por tratarse de interpolaciones.

5.º—Las fuentes de donde proceden los testimonios son impuras por arrianas.

6.º—Interpolaciones y fuentes impuras, ambas cosas, en los distintos testimonios.

B) Osio cedió a comunicar por un momento con los arrianos, por:

Considerar puras algunas fuentes de donde procede el testimonio de San Atanasio.

NOTAS

- (1) "Historia Eclesiástica de España", pág. 31 y sig.
- (2) "Osio, Obispo de Córdoba", págs. 134-135.
- (3) P. Yaben. Véase estudio que hace en su obra "Osio, Obispo de Córdoba" sobre el "Libellus", en el que afirma que no era posible que engañaran a los Emperadores con aquella narración absurda, sobre Osio, cuando no habían pasado veinte y cinco años de los hechos.
- (4) Excmo. e Ilmo. señor don Antonio Pueyo, C. M. F., Obispo de Pasto (Colombia).
- (5) Dice: "La hipótesis del P. Maceda ha sido últimamente elevada a la categoría de axioma histórico".
- (6) Obra citada, pág. 39.
- (7) "La Paix constantinienne et le catholicisme", citado por el Padre Villada.
- (8) Tomado de la "Historia Eclesiástica de España", del P. Villada, págs. 40-42.
- (9) "Osio, Obispo de Córdoba", pág. 123.
- (10) De las obras de San Atanasio. Citado por el P. Yaben.
- (11) "Hacia la glorificación de Osio", citada.
- (12) Ob. cit. del P. Yaben, pág. 132.
- (13) Ob. cit. del P. Yaben, pág. 134.
- (14) "Historia del arrianismo", ya citada.
- (15) De la obra citada del P. Villada.



Osio en un gran vitral moderno de
la iglesia de San Pablo, en Córdoba